

XXXIX

Los verdaderos dramas del corazón carecen de acontecimientos.

XL

El peor de los dolores que puede sufrir un corazón apasionado es el de no bastar para hacer feliz al que ama.

XLI

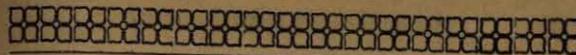
Se hace traición a un corazón que ama verdaderamente, pero no se le engaña nunca.

XLII

Es probable que no haya nada más viejo que el alma gastada de un joven o de una joven moderna.

XLIII

En París, he aquí las probabilidades que una mujer de corazón tiene para ser feliz si ama a alguno: de cien hombres enamorados y tomados a la casualidad, veinte la explotarán, veinte la comprometerán, veinte la corromperán, treinta no la conocerán. Quedan, pues, diez amantes dignos de tal nombre; pero de estos diez, nueve han vivido mucho ya, están gastados y el restante ama casi siempre en otra parte.



MEDITACIÓN XI

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

III

LOS DESASTRES (CONTINUACIÓN).—LOS CELOS.

Desastres del corazón como el que hacía sufrir a Berta Vigneau, como los que todo amante puede conocer y que son el resultado de un error, es triste, es amargo decirlo; pero tenemos que dar la razón al burgués de quien hemos hablado en una de las anteriores meditaciones: son recuerdos, buenos recuerdos. Ciertas frutas cuando frescas son tan ásperas y ácidas, como dulces, muy dulces confitadas.

Llegamos ahora al más cruel de todos los desastres, al que envenena hasta los recuerdos de lo pasado, porque hace dudar de ellos y hasta de la esperanza en lo porvenir: este es los celos.

Ciertamente que no tengo la presunción de creer que esta horrible enfermedad es moderna y que la hayamos inventado como el simbolismo, el brutalismo el decadismo, el fumismo, el nervosismo, el zu-

tismo, el impresionismo y otros *ismos* que bien podrían no ser más que formas de lo que Flaubert llamaba enérgicamente el pannuflismo de la segunda mitad del siglo XIX. Es probable que los celos hayan empezado en el paraíso terrenal, en el día en que Adán vió a la curiosa Eva inclinar la frente velada por sus largos y sedosos cabellos para prestar oídos a los silbidos de la serpiente enroscada en el árbol y avanzando su aplastada cabeza. Tal vez Adán no comiera de la manzana más que para igualarse en audacia sacrílega con su extraño rival de ojos inmóviles, metálicos y tentadores. He aquí, sin embargo, algunos motivos que me hacen suponer que los celos ocupan, en el amor moderno, un sitio bastante mayor que en el amor natural o simplemente robusto y bien equilibrado. Presentaré el primero de estos motivos en un axioma que se parece a una paradoja y, no obstante, lo considero como una verdad elemental:

XLIV

En un corazón verdaderamente amante, los celos matan al amor o éste mata a los celos. Sucede lo contrario con la pasión.

Es indudable que el amante moderno se agita casi siempre en la pasión. Es su presa por el ardor enfermizo con que persigue las sensaciones, por la especie de histerismo con que se entrega a la emoción, por las incurables heridas de decepciones y de libertinaje que existen en él, hasta el punto de que le sea

dolorosa la ligereza del placer. Observad si no el cansancio y la tristeza que éste le produce. Es su presa también por el fondo de odio en que se revuelve y cae deseando cariño y no encontrando más que rencor, deseando la felicidad y hallando a su paso el disgusto.

Y además convendréis conmigo en que se ama como se vive.

Cuando una sociedad se parece a la del París de hoy, en que de un extremo al otro y de arriba abajo todo es conflicto; lucha por la existencia, desconfianza a la derecha, por delante, por detrás, a la izquierda, desconfianza de los compañeros y de los desconocidos; desconfianza de la familia y del extranjero; cuando las funciones teatrales, las novelas, los periódicos y la conversación no son más que una escuela de ironía, de misantropía, ¿por qué un hombre, acostumbrado a esta enseñanza, ha de descubrir en su interior un manantial de cándida confianza para el sentimiento que más le conmueve? Es evidente que de veinte amantes de nuestros días, por poco que pertenezcan a la clase de verdaderos, hay diez y nueve que no se acuerdan de una sola amante a quien hayan sido fieles y sentaré de paso este otro axioma respecto a estas infidelidades:

XLV

No son las infidelidades de las mujeres las que nos enseñan a desconfiar de ellas, sino las nuestras.

Deduzco de esto que todos podemos tararear el estribillo de la canción popular:

El ramito de los celos
florecerá toda la vida...

¡Cuántas cosas me recuerdan estas sencillas palabras! Las oí por primera vez de boca de una muchacha que acababa de llegar de su pueblo y que se fué a vivir al barrio Latino. Era tan frescachona como las rosas silvestres y presentaba ese delicioso atractivo de la aldeana transplantada a la capital, que quiere imitar la elegancia parisién en su rústica persona. Cubría con medias de seda sus piernas, talladas para correr por el monte, empolvaba su cara, curtida todavía por diez y ocho años de vida al aire y al sol, escribía, en papel perfumado, cartas con una ortografía salvaje, sus uñas, aunque limadas y cuidadas por una manicura, indicaban todavía que habían estado trabajando en el campo y el mirar de sus ojos, atrozmente embadurnados, conservaba un fondo de inocente sensualidad.

La grande Alina, así la llamábamos, ofrecía el aspecto encantador de una aldeanilla pintada en un cuadro, representando una fiesta de estudiantes. Me parece estar viendo su cuarto, mal amueblado, en el piso tercero de una casa alta y estrecha de la calle Monsieur le Prince. En la mesa se hallaban un trozo de queso de Brie, botellas vacías y café en algunos vasos. Un mozo de taberna lo estaba quitando todo; las pipas y los cigarros se encendieron, y con su voz de cortijera que revuelve el heno en medio del campo con una horquilla de madera, Alina cantó:

El ramillete de los celos
florecerá toda la vida.
Amaré a quien me amará...

Muy joven era yo entonces y algo enamorado, muy poco, de la alegre cantarina que era la amada de Santiago Molán, dueño de aquel cuarto y célebre hoy por sus novelas de *high-life*.

Allí había poetas, pintores, músicos, un cenáculo de bohemios que se llaman *vividores* y que creían inventar el mundo, según la fórmula de los recién llegados.

Cuando la pobre Alina, que murió tísica, cantó los precitados versos, por más *vividor* que yo fuese, se apoderó de mí una invencible melancolía, como si presintiera que aquella canción me contaba de antemano las desgracias de mis amores futuros. Y es verdad que desde entonces todos mis días se han pasado oliendo a una de las flores del mortífero ramillete y de aquellos versos, el último es el único que ha mentido respecto a mí... ¡Ah! qué tristeza me produce la mentira de ese verso, y como me sucede que cuando quiero referirla, mi pluma empieza a temblar entre mis dedos, mis lágrimas caen encima del papel y las ideas huyen de mi mente.

¡No se puede analizar el corazón con el corazón solo...!

* * *

El ramillete de los celos.

Las flores que componen este fatal ramillete son tan numerosas como las flores del campo; esto quiere de-

cir, dejando a un lado las metáforas, que hay muchos diferentes modos de ser celoso. Parece que los observadores han descuidado el distinguir y el clasificar los diversos celos; el lenguaje vulgar no los distingue tampoco: «Es celoso», dice una mujer hablando de su marido, de su amante o de su amigo. Estudiemos, sin embargo, algunos casos tomados a la casualidad y veamos cómo es cierto que hay variedad entre los celosos, del mismo modo que hay entre las brujas.

Un joven es el amante de una mujer casada con un hombre joven también, o solamente entretenida. El amante sabe perfectamente que su amada se entrega a su marido o al que la mantiene, y nunca se le ha ocurrido reprocharla ese reparto de sus favores; pues esto forma parte de las infames combinaciones especiales del amor libre. El amante encuentra esta comunidad más segura, y si abre por casualidad el libro titulado *Fanny*, de Feydau, se encoge de hombros y se dice a sí mismo: «¡Vaya con la teoría!».

He oído yo más de una vez esta exclamación.

Pero observemos; si este mismo amante sospecha algún día que hay un tercero que corteja a su amada, le vemos inscribirse como socio del Otelo-club. Nada le importa, a ese delicado personaje, compartir los favores de su amante con uno; pero al haber dos, ya su indignación empieza. No hace falta el microscopio para comprender que este es celoso por amor propio, la cabeza es la que trabaja en él, dicho sea sin retruécano.

Este otro se enamora de una mujer honrada, sin esperanza de conseguirla, porque sabe que nunca

tendrá amante. Llega hasta el punto de no desearla y le parece que si se entregase a él, la querría menos. En la naturaleza masculina, todo es verdad, incluso este platonismo. Sus relaciones se espiritualizan *in crescendo*; ella no lee otros libros que los que él escoge, él no gusta más que de los trozos musicales que ella toca, existe entre ambos una de esas relaciones indefinibles en que nunca se pronuncia una palabra tierna y, sin embargo, la ternura reboza por todas partes; en que no se arriesga nunca un gesto cariñoso, siendo todo caricias. Pues bien; si esta mujer demuestra interesarse con igual platonismo por otro amigo y se deja influir por otro hombre, este enamorado sin esperanza y sin derechos, se transformará de repente en un celoso, tiránico, violento, casi cruel, aun cuando no dude ni un solo minuto de la virtud de su amiga. Ésta se da cuenta demasiado tarde de lo que está pasando, y en seguida que lo nota, le ofrece sacrificar el segundo; pero el celoso rehúsa este sacrificio, porque es generoso, si bien continúa con sus celos. Éste no es celoso por amor propio, sino por el corazón.

Otro, casado hace cinco años y que adora a su mujer, como el primer día. Acaban de comer, se visten y salen para asistir a un baile.

En la berlina que los lleva, ella mira a su marido, radiante de felicidad; su cabeza, pequeña y sonriente, resalta apenas encima de las pieles que la cubren y le dice, cogiéndole las manos: «Quisiera ser la más hermosa, para honrarte, dueño mío.»

¡Ah!, ¡qué embriagador perfume se respira en aquella berlina!

Ya están en el baile, la joven tiene hombros dignos de la mujer que coge agua de la fuente, en el *concierto* de Giorgione, y los enseña. Baila con éste, con el otro, con el de más allá; es la más hermosa, como lo deseaba, y no piensa en otra cosa que en su dueño, a quien dirige de vez en cuando una palabra cariñosa o le mira desde lejos, sin que nadie lo note. Pero, ¿por qué la mirada del marido se hace tan dura y tan severa? ¿Por qué tiene, hablando con los demás, distracciones que demuestran pesar, en el momento en que la fiesta llega a su apogeo? ¿Por qué, en fin, se lleva a su mujer antes de la cena, y no contesta en el coche a las preguntas que ella le dirige? No puede confesarla que al ver las miradas de los demás hombres fijarse en su desnuda garganta, al pensar que sus hombros estaban al alcance de sus labios durante el vals, y al figurarse en que otros, viéndola tan bella, sentían deseos de poseerla, se apoderó de él un acceso de celos puramente físicos. ¿No son estos que acabo de bosquejar tres tipos diferentes del doloroso martirio de los celos de los sentidos, del corazón y de la cabeza? Algunas veces estas tres clases se mezclan y otras se suceden unas a otras; pero sus caracteres difieren en algo y quisiera fijar algunas de estas diferencias.

* * *

§ I.—*Los celos de los sentidos.*

Esta es la clase más sencilla de todas y, según mi parecer, la más generalmente conocida. Encuentro

una deliciosa ironía en el hecho de que la mejor definición de los celos fué redactada, ¿por quién? Advinadlo, señoras... pero no, no es posible. ¿Cómo habréis podido oír nombrar a Baruch de Spinoza? Este hombre era un judío que escribía en Holanda hará un centenar de años.

Es probable que tengáis en vuestro salón o en vuestro gabinete algún cuadro de la escuela flamenca, representando el interior de una casa, o algún paisaje lleno de bruma con nubes en el horizonte. Pues bien; en la ventana de una de esas tranquilas habitaciones o en medio de estos paisajes, evocad la pálida y endeble figura de un hombrecillo físico, con larga nariz adornada con antiparras y trabajando, para ganarse la vida, puliendo cristales destinados a los astrónomos. Este pobre solitario, interrumpe su labor para comer unas sopas con leche que le presenta una robusta muchacha flamenca, que le mira con la compasión que puede experimentar una vigorosa sirvienta para un moribundo de treinta y cinco años.

El buen hombre se entretiene algunas veces en buscar arañas en los rincones de su habitación. Coge una de ellas y la echa en la trampa preparada por otra. Ambos animalillos se persiguen, se ponen frente á frente, agarrándose con sus velludas patas a la red que se mueve. Una de las dos triunfa y envuelve a su enemiga, viva todavía, en la mortaja que ella misma teje en algunos segundos. Después de esto, nuestro hombre se echa a reír, pasa a su escritorio y se pone a escribir sobre Dios, sobre el alma, sobre las pasiones humanas, y he aquí en qué términos habla de la clase de celos que estamos estudiando. «El

que se figura que la mujer a quien él quiere se pros- tituye con otro, no se entristece solamente por el obstáculo que esta infidelidad puede levantar contra su pasión, sino que se ve obligado a unir con la imagen de la que ama, la de aquel hombre y sus actos sensuales. Esto es lo que produce en el amante el odio hacia la mujer, y este odio son los celos que consisten en un trastorno del alma que se ve obligada a amar y a aborrecer a la vez un mismo objeto...» Sí, señoras, esta definición del pobre Spinoza se encuentra en su gran tratado de *Ética, parte III, proposición XXXV*. «No olvidemos que no somos más que unos pedantes», decía un día con orgullo el filósofo Cousin, que fué ministro, académico, gran cruz de varias Ordenes, y que, sin embargo, no ha escrito en su vida un renglón que valga los que trazó el judío holandés.

Esta visión que nos representa a nuestro rival manchando un cuerpo adorado, no tiene la misma intensidad cuando ese cuerpo de mujer nos ha pertenecido ya, que cuando no lo hemos poseído aún; esto es evidente, y ved cómo tenemos dos especies de celos de los sentidos. En el caso de que estemos celosos físicamente de una mujer que no nos haya pertenecido, es muy probable que estos celos produzcan el disgusto y disminuyan el deseo. Si, por el contrario, hemos gozado de ella, la imagen de las caricias que hace a nuestro rival, despierta en nosotros con una extraordinaria viveza el recuerdo de las que nos ha prodigado; este recuerdo obra en nuestra alma como una visión lúbrica, y los celos de los sentidos nos conducen al deseo. Las mujeres saben eso tam-

bién que es uno de sus procedimientos para atraer a un amante cansado ya de ellas.

Pero, me preguntaréis. En esa vuelta vergonzosa de un hombre al lado de una amante que se ha entregado a otro, ¿no existen de igual modo el amor propio y el frenesí de arrebatársela al otro? Para contestar a cada pregunta referiré una anécdota que me fué contada por Raimundo Casal un día, o más bien, una noche en que volvíamos juntos, siguiendo los Campos Elíseos, después de haber comido y pasado la velada en una misma casa. Esta historia me hizo tal efecto, que le pedí permiso para anotarla, y él, muy galante, me envió al día siguiente estas líneas escritas con lápiz en el revés de algunos telegramas y en las cuales apenas he cambiado alguna que otra palabra.

* * *

«Era, me escribía Casal, notablemente bella, y su belleza le bastaba para sentirse feliz. Se había entregado a mí, aun cuando pertenecía a la alta sociedad, con un impudor que dimanaba de que el orgullo de su hermosura lo dominaba todo en ella. Este amor fué enteramente físico y de un deleite tan desprovisto de alma, que apenas nos hablábamos entre las caricias que la brevedad de nuestras entrevistas hacían más ardientes aún. Por una casualidad particular, la falta de libertad que resultaba de la posición social de aquella mujer que, al parecer, había de aliviar en mí las obligaciones a que me sometían estas relaciones, las hacía, por el contrario, muy pesadas, y he aquí el por qué, debido al género [de vida que lleva-

ba su marido, no podía saber nunca de antemano si podría o no consagrarme algunos instantes, y tenía yo que estar esperando en mi casa todos los días, de dos a cuatro de la tarde, una esquila, que muchas veces no llegaba, ni podía tampoco moverme del Círculo hasta las diez de la noche; de modo que estos amores ocupaban casi todo mi tiempo. De día, por prudencia, variábamos el sitio en que nos habíamos de ver; pero por la noche, nuestras entrevistas se verificaban siempre en casa de un amigo íntimo que tenía yo entonces, Roberto de N..., que vivía en la calle de Dumont d'Urville, casa que tenía otra salida a la calle de La Parouse. Roberto, que era jugador y no volvía nunca a su domicilio antes de las tres de la mañana, puso sus habitaciones a mi disposición, pues ella y yo salíamos de allí lo más tarde a las once.

Después de ocho meses de estas relaciones, estaba cansado y hasta hastiado de esa mujer. ¿Por qué? Sería tal vez por la especie de esclavitud a que me hallaba sometido y también por la indefinible tristeza que encogía mi corazón después de estas citas, en las que no había más que sensualidad asaz refinada; pero sin ninguna emoción. Quería romper con ella y no sabía cómo hacerlo, porque no me había dado motivo alguno, y, además, no me gusta proceder mal con ninguna mujer. Una noche, después de comer en el Círculo, estaba yo hablando con Roberto, esperando el momento de acudir a la cita, calle de Dumont d'Urville, cuando me entregaron una esquila en la que mi amante me suplicaba que dejásemos la entrevista para el día siguiente, porque a última hora

un contratiempo la impedía verme. Eché al fuego la esquila con tan visible satisfacción, que Roberto lo notó y tuve que decirle lo que me pasaba.

—¿No la amas ya?—me preguntó.

—No—le respondí riendo—, y hasta creo que dentro de ocho días la aborreceré. ¡Ah! El final de una aventura amorosa es tan largo, como las últimas horas de un viaje.

Después de una pausa, Roberto repuso:

—Permíteme una pregunta. ¿Has llevado a mi casa alguna otra mujer que la que acaba de escribirte?

—No; mas ¿adónde quieres ir a parar?

—A esto replicó; toda vez que no la amas ya... voy a hacerte una confesión, que me aliviará de un gran peso... Hace quince días estuve con ella en mi habitación y me habías avisado de la cita, según acostumbres a hacerlo; a las once estaba yo aquí tallando unas bancas detestables; pero como había perdido también antes de comer, mi crédito se hallaba agotado ya y ningún amigo mío se encontraba en el Círculo. Como es natural, se me ocurrió la idea de irme a casa a buscar dinero para ver si mi mala suerte variaba. «Raimundo se habrá marchado ya, me dije, y me fui.» Llego allá y veo en la mesa de la sala un abanico, guantes y un abrigo; todavía estabais allí. ¿Qué he de decirte? Una invencible curiosidad se apoderó de mí, y apagando el ruido de mis pasos me dirigí hacia mi cuarto de dormir y miré por el ojo de la cerradura, como un Bartolo de comedia. Era el momento en que tu amante se disponía a vestirse. Estaba delante del espejo recogiendo sus cabellos y la luz daba de lleno en su cuerpo... ¡Ah!, amigo mío, perdona mi in-

discreción, ¡qué mujer, qué mujer! ¡No vi su cara; pero qué morbidez, qué formas!... No, no hubiera debido decirte esto, porque es imposible que no la ames ya!...

—¡Qué no es posible!—dije yo soltando una carcajada—; no tienes más que ver el efecto que me produce lo que me estás contando, para convencerte de ello.

Me miró muy serio y me dijo con voz sorda:

—Pues si no la quieres tú, preséntame a ella.

—¿Qué me estás pidiendo, amigo?—le contesté, riendo más fuerte todavía.—¡Presentarte! Eso es imposible, porque yo no voy a su casa.

De repente y mientras estaba yo hablando, una idea atravesó mi cerebro y me pareció tan extravagante, que se la comuniqué en seguida a Roberto; ya había encontrado el modo de romper.

—¿La encuentras verdaderamente hermosa?—re-puse.

—Si así no fuera, no te hubiera dicho lo que acabo de decirte.

—Tengo mañana una cita con ella en tu casa, ¿quieres ocupar mi sitio?

—¡Yo!—exclamó Roberto—, ¿te estás burlando de mí? ¿Qué explicación la daría del hecho?

—Eso—continué riendo siempre—no es cosa mía, la expondrás la causa de tu presencia y de mi ausencia, como mejor te plazca... Tendrás dos horas para convencerla o no convencerla... En cuanto a mí, llegaré a las once en punto, os sorprendo y os trato como merecéis, aparentando creer que me habéis engañado, aun cuando las cosas no hayan pasado a mayores... Esto es una canallada; pero seré libre... No te

pido más sino que no cuentes a nadie este pacto entre calaveras.

Y Roberto aceptó esta inmoral combinación, imitada de los *Marrons du feu* de Musset. Empléé las horas del día siguiente en hacer mis preparativos de marcha, pues me proponía pasar el fin del invierno en la Corniche, y la idea de que iba a concluir con la sujeción de los últimos meses me encantaba. Sin embargo, a medida que se aproximaba el momento en que había de aparecer yo como la estatua del Comendador, dos temores me asaltaban: el de no ser capaz de representar mi papel de celoso, tan singular y risible me parecía esta manera de romper, y el de que mi amiga hubiera despedido a Roberto como a un criado.

Sin embargo, héteme aquí, que voy a la casa, atravieso el salón, como lo hizo él el otro día, sin hacer ruido, llego hasta la puerta del dormitorio y pongo la mano en el pestillo. El cerrojo estaba echado por dentro... No puedo explicar mejor lo repentino de la sensación que experimenté en aquel momento, que, comparándolo con la impresión que experimenté en las Indias, en el momento en que se verificaba un temblor de tierra, cuando Bohun, borracho perdido, cayó diciéndome: «*I did'nt believe I was so full...*» Fué una cosa tan súbita, una acometida tan rápida y tan violenta de dolor y de ira, que no me acuerdo haber sufrido nunca otra igual. Llamé a Roberto primero en voz baja, y luego con tono imperioso... Nadie me contestó. Llamé con la mano, el mismo silencio. Entonces, apoderándose de mí un acceso de locura furiosa, apoyé el hombro en la puer-

ta con una fuerza tal, que se abrió. Me fuí en derecha hacia el sitio en donde estaban ellos, y mi amante fijó en mí una mirada extraviada. La cogí por una muñeca y se la apreté de un modo tan cruel, que mi amigo, que creía mi furor simulado, tuvo que rechazarme. Se levantó con rapidez y nos hallamos frente a frente.

—¿Te has vuelto loco?— me dijo en voz baja y con el semblante descompuesto, porque comprendía que me hallaba entregado a una especie de delirio.

Mas al considerar su aspecto y al ver su traje, se me representó de un modo tan claro lo ridícula que era la escena después de la conversación que había tenido con él la víspera, y tuve tal miedo de mí mismo, que salí de aquel cuarto como un insensato. Pero al día siguiente escribí a ella una carta llena del amor más desenfrenado, y dos días después me batí con Roberto, a quien herí levemente por fortuna. Salimos de esta aventura enemigos mortales, y mis relaciones con aquella mujer duraron tres años.

* * *

¿No permite este auténtico documento establecer respecto a los celos físicos cierto número de verdades a lo menos probables?

XLVI

Por más que conozcamos todo nuestro espíritu y todo nuestro corazón, no conocemos, sin embargo, bien nuestra parte bruta, así es que jamás se puede decir: Esa mujer nunca será nada para mí. En amor,

la única victoria consiste en huir; esta frase es del más grande de los psicólogos modernos: de Napoleón.

XLVII

Los celos de los sentidos sobreviven al amor. Esto debería servir de consuelo a todas las mujeres abandonadas que no tienen corazón y que no sufren más que por vanidad. Para vengarse, les basta tomar un amante; es posible que no atraigan otra vez al infiel hacia ellas; pero pueden estar ciertas de que eso le hará daño. Esta es una de las mayores miserias del animal hombre.

XLVIII

Nunca el amor, ni el honor, inducen al hombre a matar a una mujer que le es infiel; el homicidio es producido por los sentidos. El deleite, que no es más que físico, está siempre próximo a la ferocidad.

XLIX

Las coquetas verdaderamente cuerdas, no rehúsan entregarse al hombre, porque saben que para un individuo apasionado el poseer a una amada es ser poseído por ella. Una mujer que no nos ama y que nos tiene cogidos por los celos de los sentidos, hace de nosotros lo que quiere. El deseo más irresistible está formado por la memoria carnal de la que duerme en nosotros.

L

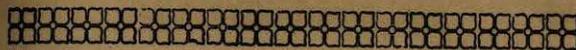
He visto al público de un teatro soltar la carcajada cuando Otelo va a matar a Desdémona. Aquella risa tenía su filosofía, porque puede suceder que un celoso de esa especie que va con el fin de asesinar a la que ama, la despierte para pedirle perdón. Debiera bordarse en la almohada del Moro la divisa que adornaba las rodela de los espartanos: o debajo o encima. ¡Lo uno está tan cerca de lo otro!

LI

Los celos de los sentidos se distinguen de todos los demás, en que surgen por accesos, como las imágenes que los producen. Es una enajenación mental intermitente que nos infligen a sangre fría ciertas mujeres muy perversas. Tenemos para defendernos contra ellas el despreciar su bajeza...; pero desgraciadamente ese desprecio no hace más que activar el deseo, y ellas no se dan cuenta de su bajo proceder.

LII

«—No es uno nunca ni el primero ni el último amante de una mujer.» «—Esto es—decía uno de dos amigos—lo que ha curado mis celos...» El otro le respondió: «—Y a mí este pensamiento me ha hecho sufrir...» El primero hablaba con la cabeza; el segundo, con los sentidos.



MEDITACIÓN XII

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

IV

LOS DESASTRES (CONTINUACIÓN).—LOS CELOS.

§ II.—*Los celos del corazón.*

Para distinguir pronto los celos del corazón de los de los sentidos, que hemos estudiado en la *Meditación XI*, y de los diferentes celos de cabeza, que estudiaremos en la *Meditación XIII*, ruego al que lea estas notas, forzosamente incompletas, se sirva admitir como demostrada la siguiente proposición:

LIII

Amar con el corazón, es perdonarlo todo de antemano al objeto de nuestro amor.

A este teorema puede servir de comentario la frase que Berta Vigneau me decía en presencia de Coleta, cuando nos contaba las infamias de su amante. «Le agradeceré siempre el que se haya dejado amar por mí...» El motivo que produce esa inacabable bondad característica de un amor sincero es tan fácil de ex-